

viene a representar la diferencia entre ser o no ser paciente frente a una situación no deseada.

En la actualidad, más del 40 por ciento de las mujeres japonesas confiesan llevar una vida infeliz, pero no les queda otra salida que seguir aguantando, al menos hasta que los hijos crezcan. Las que han llegado a los cuarenta y tantos o cincuenta y tantos años representan al grupo más creciente de mujeres divorciadas. Situación que algunos especialistas explican con el hecho de que estas mujeres sean venido esforzando durante largos años —poniendo toda su energía, amor y servicio— sin haber recibido a cambio ni mucha compañía, ni mucho de nada.

Ellas mismas, por su parte, aseguran haber cambiado mucho, pero no están seguras de que los hombres lo hayan hecho también. Dicen que muchos hombres japoneses todavía pertenecen mentalmente a su madre (complejo materno), y la forma de llevar su matrimonio y su subsecuente divorcio, ilustran claramente el lado todavía 'riesgoso' del omiai.

Silvia Novelo Urdanivia

Sobre el suicidio y un cuento japonés de Borges

La imagen de lo llamado tradicionalmente «oriental» ha quedado plasmada indeleblemente en la literatura hispanoamericana del Modernismo, iniciado en las dos últimas décadas del XIX y que acompañara el cambio de este siglo que está por concluir.

Los autores se interesan por el exotismo de países del «lejano oriente» que provee de material y ambientación a cuentos y poemas. Julián del Casal con *Kakemono* (1892) y *Sourimono* (1893) incorporó a la corriente modernista el japonésismo, cuyo cultivador más devoto en Hispanoamérica fue Juan José Tablada, el cual introdujo en español el *haikai*.

Siguió las huellas de Tablada un poeta también mexicano, Efrén Rebolledo, en sus libros *Rimas japonesas*, de 1909; *Nikko y Hojas de bambú*, de 1910. En Cuba, los hermanos Carlos Pío y Federico Uhrbach habían seguido el ejemplo de Casal en su libro *Gemelas*, de 1894. Aunque de

manera esporádica, otros poetas cultivaron temas japoneses, entre ellos, Leopoldo Lugones, en su composición *Estampas japonesas* publicada en *Las horas doradas*, en el año de 1922. Y esta actitud de mirar hacia el otro lado del Pacífico seguirá como constante en algunos escritores hispanoamericanos, aun después de la época del cisne y del azul.

Un poco más adelante, entre 1934 y 1935, encontramos al gran Jorge Luis Borges, a quien nos referimos ya en el *Boletín* anterior, escribiendo bajo el hechizo de lo «oriental» más allá de los límites que pudieron haberse impuesto los modernistas y en franco camino de fidelidad a su propia estética. El fruto de esos dos años es su libro intitulado *Historia universal de la infamia*, publicado en 1935.

La peculiaridad de este libro es que, como señala Borges (y el lector está en libertad de creerle o no tratándose de Borges), prácticamente los nueve textos que lo integran tienen como referencia relatos recogidos de la tradición oral, como del *Libro de las 1001 Noches*, del *Libro de Patronio* o de los cuentos persas, por ejemplo. Todos ellos presentan títulos sugestivos por la adjetivación y definición que utilizan para presentar a sus protagonistas: «atroz», «impostor», «asesino», «incivil»... Este último adjetivo le corresponde al relato sexto de la *Historia universal de la infamia* del que nos ocuparemos enseguida: *El incivil maestro de ceremonias Kotsuké no Suké*.

El infame de este capítulo es el incivil maestro de ceremonias Kotsuké no Suké, aciago funcionario que motivó la degradación y la muerte del señor de la Torre de Ako y no se quiso eliminar como un caballero cuando la apropiada venganza lo conminó. (Subrayado nuestro).

El texto inicia con un retrato que destaca el carácter despreciable del infame en cuestión. Según Borges, el relato tiene como base la «Historia Doctrinal de los Cuarenta y Siete Capitanes», referida por A. B. Mitford a quien cita al final del libro como recopilador de *Tales of Old Japan*, London, 1912.

La historia comienza en la primavera de 1702 cuando el señor de la Torre de Ako tiene que prepararse para recibir y agasajar a un enviado imperial. Dice el texto que «dos mil trescientos años de cortesía habían complicado angustiosamente el ceremonial de recepción», razón por la cual se hace

imprescindible el envío de un representante del emperador, que era el maestro de ceremonias Kotsuké no Suké.

Durante la preparación del ceremonial, el infame maestro de ceremonias hace gala de su despotismo y llega al grado de humillar al dueño de la Torre al obligarlo a inclinarse ante él para atarle la cinta del zapato. El señor de la Torre, aunque indignado, acepta y ejecuta la orden y al término sólo recibe un insulto a cambio. La paciencia llega al límite y el caballero saca su espada y marca en la frente al maestro. Esta acción lo hizo merecedor de un juicio ante el tribunal militar que lo condenó al suicidio.

La autoejecución se realizó en el patio central de la Torre de Ako, sobre una tarima de fieltro rojo. El señor de la Torre confesó públicamente su culpa, se desnudó hasta la cintura «y se abrió el vientre, con las dos heridas rituales, y murió como un *samurai* [...] Un hombre encanecido y cuidadoso lo decapitó con la espada: el consejero Kuranosuké, su padrino.» El relato cuenta que la misma noche que se mató, cuarenta y siete de sus capitanes al mando del consejero Kuranosuké planearon su venganza.

Luego de una inteligente estrategia, logran que el maestro de ceremonias elimine la posibilidad de un ataque a su persona y despida a la mitad de sus guardias. Entonces, una noche del invierno de 1703, los cuarenta y siete capitanes atacan el palacio de Kirá Kotsuké no Suké y, luego de someter la resistencia, encuentran escondido al maestro de ceremonias al que identifican por la cicatriz en la frente. Le ruegan que se suicide, «como un **samurai** debe hacerlo», pero en vano le propusieron la salida más decorosa a su rango. «Era varón inaccesible al honor —dice el texto— y a la madrugada tuvieron que degollarlo». Los cuarenta y siete capitanes viajan de regreso con la cabeza del enemigo, y se someten al juicio de la Suprema Corte por sus acciones. El fallo «es el que esperan: se les otorga el privilegio de suicidarse». Todos lo cumplen y son sepultados en el mismo recinto que su señor.

Así pues, el tema central y recurrente de principio a fin en esta historia es el suicidio, y el suicidio al estilo de los guerreros antiguos del Japón. Cuando el *samurai* cometía algún error grave debía realizar el ritual del suicidio para mantener y proteger su honor, el de su amo, su familia, su comunidad y el de su patria. Con el permiso de su amo, el guerrero se hacía el *harakiri* (o *seppuku*,

como lo prefiere la lengua japonesa) con gran satisfacción. Una de las dos espadas que llevaban siempre consigo cortaba su vientre en dos movimientos, uno vertical y otro horizontal. Entonces, el amigo de mayor confianza, en señal de amistad lo decapitaba para poner fin al sufrimiento. El *harakiri* o *seppuku* durante siglos fue el símbolo de lealtad, de honor, de confianza y de patriotismo.

Durante la segunda guerra mundial, muchos pilotos militares japoneses llamados *kamikase* se suicidaron atacando los portaaviones de los Estados Unidos en el Océano Pacífico. Sacrificaban sus vidas, como modernos *samurais*, con gusto por su patria. Caían en el Pacífico y desaparecían como *sakuras*, las flores nacionales del Japón.

Volviendo al texto de Borges, podríamos creer o no que se trata de un hecho histórico, que por su dramatismo pasó a formar parte de la tradición oral que lo transformó en leyenda. Lo que sí es verdad es que, a dos siglos de dicho suceso, en pleno siglo XX, nos encontramos no sólo con los héroes al estilo japonés de la segunda guerra mundial, sino que podemos señalar en la historia de la literatura japonesa moderna y contemporánea que la práctica del suicidio fue abrazada por sus más ilustres representantes.

El 24 de julio de 1927, Akutagawa Ryûnosuke, el escritor más brillante de la literatura moderna japonesa, se suicida con el sentimiento de «una vaga inquietud», en una época de crisis, ansiedad, incertidumbre y terror. El drama de Akutagawa que lo lleva al suicidio es la debilidad del hombre sucumbiendo a la realidad de los hechos, realidad convulsionada que vivía el Japón de los años veinte.

El 19 de junio de 1948, fue encontrado el cuerpo sin vida de Osamu Dazai, quien seis días antes había puesto voluntariamente fin a sus días arrojándose, junto con su amante, a las aguas de un canal de desagüe de las afueras de Tokio. Dazai, una de las figuras cumbres de la narrativa japonesa contemporánea, alcanzó la consagración en los años de la inmediata posguerra, en el marco de una sociedad devastada material y espiritualmente por una guerra feroz y prolongada de la cual, a tres años de finalizada, sólo quedaban ruinas.

El 16 de abril de 1972, Yasunari Kawabata, ganador del Premio Nobel de Literatura en 1968, era encontrado muerto en su estudio de Zushi con un tubo de gas en la boca. Kawabata se suicida en

un marco social radicalmente distinto del que había propiciado el suicidio de los dos escritores antes mencionados. Japón era ya un pueblo que gozaba de una franca prosperidad aunque basada en el bienestar material y el conformismo.

Cerraremos citando un suicidio que no siguió el camino trivial, si podemos llamarlos así, del agua o del gas, sino que echó mano del espectacular rito de muerte tradicional del Japón casi no practicado en tiempos modernos: el *harakiri* o *seppuku*. Se trata de Yukio Mishima. El 25 de noviembre de 1970, el polémico escritor, acompañado de un grupo de jóvenes con los que integraba la paramilitar Sociedad del Escudo, irrumpió en el Regimiento Oriente de las Fuerzas de Autodefensa en el barrio de Ichigaya, en Tokio, y tras someter a los oficiales, reunió a los soldados en una explanada y les dirigió una arenga que terminaba diciendo: «...Teníamos la ilusión de que sólo las Fuerzas de Autodefensa conservaran el espíritu del Japón auténtico, del alma del guerrero del Japón antiguo». Para dar fuerza a sus palabras, Mishima se abrió el vientre con una espada corta y uno de sus asistentes cumplió con el deber de decapitarlo.

El Japón con su exotismo contagió los prestigiados círculos de escritores franceses que influirían de manera decisiva en los modernistas hispanoamericanos. El honor de los guerreros del siglo XVIII inspiró a Borges a rescatar y reescribir un texto que, como dice él mismo, no tiene final «porque los otros hombres, que no somos leales tal vez, pero que nunca perderemos del todo la esperanza de serlo, seguiremos honrándolos con palabras.» Valga nuestro acto de honor también a la memoria de los escritores del Japón contemporáneo.

Fuentes: Kazuya Sakai, *Japón: hacia una nueva literatura*, El Colegio de México, México, 1968. Atsuko Tanabe, *Antología de la narrativa japonesa de posguerra*, Premiá editora, México, 1989. Max Henríquez Ureña, *Breve historia del modernismo*, FCE, México, 1978. Jorge Luis Borges, *Prosa completa*, vol. 1, Bruguera, Barcelona, 1980.

Yoon Bong Seo
Claudia Macías Rodríguez

Las juntas monetarias en Asia y Latinoamérica

Desde hace algún tiempo, la crisis asiática y sus extensiones a Rusia y a Latinoamérica han venido cuestionando cada vez con mayor fuerza las orientaciones adoptadas por las políticas económicas por lo menos en los últimos diez años, en especial en materia de liberalización financiera. En algunas economías «emergentes» fuertemente golpeadas por devaluaciones masivas, se ha vuelto a poner en el centro del debate la conveniencia de crear una junta monetaria, o consejo monetario, para establecer más firmemente el valor de la moneda nacional frente a una divisa clave o a una canasta de divisas. Fue el caso de Indonesia, desde lejos la economía asiática más afectada por la ola de devaluaciones de 1997-98: cabe recordar que las autoridades de este país expresaron el deseo de establecer una junta monetaria —con el objetivo de mejorar la paridad de la rupiah— pero que por su parte, el Fondo Monetario Internacional se opuso a tal medida, que finalmente no fue adoptada.

Más recientemente, después de la amplia depreciación experimentada por el peso, algunos analistas sugirieron que México adoptara un dispositivo de esta naturaleza otros incluso preconizaron la unión monetaria con Estados Unidos. Uno de los argumentos citados con más frecuencia a favor de este mecanismo se refiere a la experiencia de Argentina, calificada como positiva; este país instauró un consejo monetario en 1991, fijando el peso a la par del dólar norteamericano, y lo mantiene hasta la actualidad: a diferencia del mecanismo cambiario mexicano —en el cual se definía el valor del peso con respecto al dólar, con depreciación diaria— este dispositivo sobrevivió por lo tanto a la crisis de fines de 1994-1995. Ahora bien, ¿Cuáles son los orígenes de las juntas monetarias? ¿En qué consisten y qué se espera de ellas?

Originalmente, los consejos monetarios constituyen mecanismos característicos de la época colonial: se iniciaron durante el siglo diecinueve, pero tuvieron su auge en los territorios coloniales del imperio británico y de otras naciones, en la primera mitad del siglo veinte algunos territorios o países independientes establecieron juntas monetarias, temporalmente, entre los cuales figuran Rusia del Norte, durante la intervención aliada en contra del ejército rojo, la ciudad-